
SEXTA SEMANA

CRECER EN EL ESPÍRITU

Los dones para la construcción de la comunidad

OBJETIVO: *Reconocer que todo lo que somos y tenemos es un don del Señor para el servicio de los demás.*

INTRODUCCIÓN

San Pablo advierte a los Corintios que no han de ser "*niños en Cristo*" (1Co 3, 1) sino que han de ir creciendo hasta convertirse en adultos en Cristo.

¿Qué significa "*ser niño en Cristo*"? El niño es un ser que necesita continuamente que se le dé todo: necesita las papillas, necesita que se le lleve de paseo, que se le lleve a dormir, etc. Cuando aprende a hablar su expresión preferida será "esto es mío". Luego, ya un poco más crecido sabrá decir "yo y tú", pero sólo cuando tome verdadera conciencia de lo que es la sociedad y se ponga al servicio de ella empezaremos a hablar de un adulto. El niño sólo recibe; el adulto también da. Por lo tanto, "ser niño en Cristo" significa no haber tomado aún conciencia de que somos el Cuerpo de Cristo y que hemos sido llamados a construirlo, aportando todo lo que somos.

Jesús mediante varias parábolas nos muestra claramente este deseo suyo de que crezcamos cada vez más. En primer lugar en la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30) en la que "*un hombre, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó*". Luego, cuando vuelve el amo pide cuenta a cada uno de aquellos siervos sobre los frutos que han dado aquellos talentos que habían recibido. El hecho que se trate de siervos y que luego el amo pida cuentas, indica claramente que hay un único Amo y que todos los demás, si tienen algún talento, es porque lo han recibido como administradores para que lo hagan fructificar. Lo mismo encontramos en la parábola del administrador fiel (Mt 24, 45-51) en que se elogia al siervo que administra las provisiones de la casa según el Amo le ha encargado. Uno sólo es el Amo de todo, el Señor, Jesucristo. Y todos nosotros no somos más que siervos suyos y administradores de sus bienes. Si tenemos algo es que lo hemos recibido para administrarlo al servicio de los hermanos.

"¿*Qué tienes que no lo hayas recibido?*", nos pregunta San. Pablo (1Co 4, 7). Por lo tanto, Jesús es el Señor, todo lo que tenemos es un "don gratuito de Dios". Nosotros no podemos considerarnos dueños de lo que tenemos, sino que hemos de reconocer que todo procede de Dios poniéndolo al servicio de los demás. Sólo por obra del Espíritu Santo podemos reconocer que todas las cosas son un don gratuito de Dios: "*Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado*" (1Co 2, 12)

Esta actitud de recibir todas las cosas como un don gratuito de Dios para el servicio de los demás es lo que llamamos actitud carismática. En griego "carisma" significa "manifestación de la gracia" o como dice S. Pablo "manifestación del Espíritu para provecho común" (1Co 12, 7)

Esta actitud que sabe apreciar la obra de Dios no sólo en las cosas grandes, sino también en las cosas pequeñas, es la que quiere inculcar San Pablo a los Corintios en el célebre capítulo 12 de la primera carta. He aquí unos versículos de este capítulo:

“A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu. A otro, carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, obras milagrosas. A otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus, A otro, diversidad de lenguas; a otro, interpretación de lengua” (1Co 12, 8-10)

En este texto San Pablo exhorta a tener una actitud carismática en varias áreas de la vida de la comunidad:

- a) A ver la predicación de la Palabra de Dios como un don: tanto cuando se anuncia con sabiduría (palabra de sabiduría), como cuando se anuncia con la ciencia de Dios (palabra de ciencia), como cuando se recibe con la fe (fe).
- b) A ver todos los bienes como un don: tanto en la curación que nos devuelve la salud (curación), como en el compartir los bienes materiales (obras).
- c) A ver la actualización de la Palabra de Dios como un don: tanto cuando ésta se hace proféticamente (profecía), como cuando se realiza mediante el discernimiento de la voluntad de Dios (discernimiento de espíritus).
- d) A ver toda forma de oración como un don: tanto cuando es una oración espontánea sin palabras (oración en lenguas), como cuando se trata de una oración bocal (interpretación de lenguas).

A) Acoger como un don la predicación de la Palabra

La Palabra de Dios a los hombres se hace presente en medio de nosotros a través de los hermanos que, por ministerio, o de forma espontánea, nos proclaman la realidad evangélica.

* San Esteban, tal como nos lo presentan los Hechos de los Apóstoles, es para nosotros modelo de un modo de hablar fuertemente inspirado. San Lucas nos lo describe como un hombre “lleno de Espíritu y de sabiduría” (Hch 6, 3), de forma que los que le escuchaban “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (Hch 6, 10). San Esteban estaba lleno de esa sabiduría de Dios de la que hablaba Jesús cuando decía: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños” (Mt 11, 25; Lc 10, 21). Esa sabiduría que prometió a sus discípulos: “Yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios” (Lc 21, 15). Este **“hablar con sabiduría”** es un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos.

* S. Pablo se nos presenta él mismo como modelo de otro modo de hablar también inspirado, aunque menos espectacular. Él dice de sí mismo que carece de elocuencia, “no así de ciencia” (2Co 11, 6; cf. 6, 6). No se trata de una ciencia humana, sino del *“conocimiento del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento”* (Ef 3, 19). Los Hechos de los Apóstoles nos indican que enseguida, después de su conversión *“se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que Él era el Hijo de Dios. Todos los que le oían quedaban atónitos”* (Hch 9, 20). Este **“hablar**

con (la) ciencia" de Dios es un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos.

* Los Tesalonicenses son para nosotros ejemplo de otra actitud carismática, cual es el acoger la predicación con fe. San Pablo les escribía diciendo: *"al recibir la Palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios, que permanece operante en vosotros, los creyentes"* (1Ts 2, 13). Esta actitud de fe ante la acción de Dios es un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos.

De este modo, San Esteban, San Pablo y los Tesalonicenses nos enseñan a acoger como una manifestación del Espíritu Santo, para provecho de todos, una serie amplia de manifestaciones que se presentan en la comunidad cristiana. Desde la más espectacular del que habla con sabiduría de Dios, que sólo el Espíritu puede dar pasando por el que habla de las cosas de Dios con esa ciencia que penetra y está llena de unción, hasta llegar a la actitud humilde del que acoge la Palabra con fe. En todo, en lo más espectacular y en lo más humilde, hemos de saber contemplar la obra de Dios que lo *"obra todo en todos"* (1Co 12, 6)

B) Acoger como un don todos los bienes que Dios nos da

Todo lo que nosotros tenemos es un don de Dios. Tanto las cosas materiales como las espirituales. Si acogemos con agradecimiento los dones espirituales, también hemos de saber acoger los dones materiales.

Las comunidades cristianas primitivas sabían recibir todos los acontecimientos como un don de Dios, de modo que san Pablo podía escribir: *"en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman"* (Rm 8, 28). De esta aceptación de la voluntad de Dios es de donde nace la apertura a esas manifestaciones como la curación y el compartir.

* El tullido que pedía en la puerta Hermosa del Templo de Jerusalén (Hch 3, 1-10) es para nosotros un ejemplo de esta actitud carismática de acogida del don de Dios. Alaba y da gracias a Dios por la curación que ha recibido. Al darse una curación tomamos mayor conciencia de que toda nuestra vida está en manos de Dios, y de que tanto la vida como la salud son un gran don de Dios.

Los mismos Hechos de los Apóstoles nos muestran a continuación que cuando se da una curación hay siempre el peligro de poner los ojos más en los hombres que en Dios. De forma que san Pedro tiene que decir: *"Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto, o por qué nos miráis fijamente, como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho caminar a éste?"* Hch 3, 12). Es Jesús y sólo Jesús el que cura. Por eso hemos de decir que la **curación** es un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos.

* Pero no sólo en las curaciones se manifiesta que todo lo material que tenemos es un don de Dios, esto también queda claro cuando nosotros compartimos nuestros bienes unos con otros. Hay varios **milagros** en los Evangelios que nos muestran esta importancia de compartir, reconociendo que todos los bienes son para el provecho de todos. Recordemos especialmente las multiplicaciones de los panes (Mt 14, 13-21; 15, 32-39; Mc 6, 31-44; 8, 1-10; Lc 9, 11-17; Jn 6, 1-13), la conversión del agua en vino (Jn 2, 1-11), la viuda de Sarepta (1R 17, 7-10; pero también hay otros episodios no milagrosos que nos muestran la manifestación de Dios en el compartir humano. Así el óbolo de la viuda (Mc 12, 41-44; Lc 21, 1-4), y la actitud de Bernabé, que vende el campo que tenía y pone lo conseguido a disposición de los apóstoles (Hch 4, 36-37). De este modo la Sagrada Escritura nos muestra que el **compartir los bienes** es un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos.

C) Acoger como un don la manifestación de la voluntad de Dios

El gran deseo de Jesús es realizar en todo momento la voluntad del Padre. Este es "su alimento", tal como dice a sus discípulos en Samaria (Jn 4, 34), y en su oración en el Huerto no hace sino pedir que "se haga" la voluntad del Padre. Pero, ¿cómo conocer la voluntad del Padre?. San Pablo, al final del capítulo 2 de la primera carta a los Corintios, hace esta, pregunta: "*¿Quién conoció la mente del Señor para poder enseñarle?*". Y contesta: "*Pero nosotros tenemos la mente de Cristo (1Co 2, 16)*". Esta mente de Cristo a que se refiere el apóstol es el Espíritu Santo, porque "*nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios*" (1Co 2, 11). La manifestación de la voluntad de Dios es un don que Dios nos hace, no podemos pretender conocer su voluntad por nuestro simple esfuerzo humano.

* Judas y Silas se nos presentan en los Hechos de los Apóstoles como modelo de esta manifestación de la voluntad de Dios que es el hablar profético. Después de haber puesto en comunicación de las comunidades el contenido de la carta escrita por los apóstoles en el Concilio de Jerusalén, "Judas y Silas eran también profetas, exhortaron con un largo discurso a los hermanos y les confortaron", (Hch 15, 32). El hablar profético es un hablar inspirado por el Espíritu para "edificación, exhortación y consolación" de la asamblea (1Co 14, 3). Los hemos visto en Judas y Silas y lo encontramos también en Agabo, de la comunidad de Jerusalén (Hch 11, 27-ss.; y 21, 10- ss.), en los dirigentes de la comunidad de Antioquía (Hch 13, 1), en los discípulos bautizados en Efeso (Hch 19, 6), en las cuatro hijas vírgenes de Felipe (Hch 21, 9), en la comunidad de Corinto (cf. 1Co 14, 29-ss), en Pablo (1Co 14, 19), en el autor del Apocalipsis (Ap 1,3-ss). En el Apocalipsis nos ha quedado recogida una forma concreta de palabra profética que es aquella que se presenta en primera persona, como en boca de Jesús. He aquí el texto: "*Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, Aquel que es, que era y que va a venir, el Todopoderoso*" (Ap 1, 8). El **hablar profético** en cuanto actualización de la Palabra de Dios y manifestación de su voluntad es un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos.

J. M. Martín Moreno, *Funciones de la profecía en la construcción de la Iglesia*; en "Koinonía" núm. 15, pp.6-9.

X. QUINCOES, *Criterios para discernir la profecía*, en "Koinonía" núm. 15, pp. 10-12.

* Este hablar profético, sin embargo, está sometido al discernimiento (cf. 1Co 14, 29-32). De tal forma que el discernimiento aparece como la forma fundamental y básica del conocimiento de la voluntad de Dios. La primera carta de San Juan lo señala muy claramente: "*No os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos, profetas han salido al mundo*" (1Jn 4, 1). San Pablo señala la siguiente regla de oro: "*nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: 'Anatema es Jesús', y nadie puede decir: 'Jesús es Señor, sino con el Espíritu Santo'*" (1Co 12, 3). El discernimiento es un don gratuito de Dios, y ha de ir acompañado de la oración y de una vida entregada al Señor. San Pablo señala a los Romanos: "*No os acomodéis al mundo presente, antes bien, transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto*" (Rm 12, 2). El **discernimiento** es, pues, un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos.

D) Acoger como un don todas las formas de oración

La oración no es sólo la expresión de nuestro espíritu, sino que ha de ser la expresión del Espíritu de Dios. San Pablo nos indica cómo en el cristiano es el Espíritu Santo el que clama en nuestros corazones "Abba, Padre" (Rm 8, 15). De modo que "*el Espíritu viene en ayuda de*

nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios” (Rm 8, 26-27).

* Una forma de oración que se utilizaba mucho en la Iglesia primitiva y que posteriormente se ha utilizado sólo en algunos grupos aislados, es la que se llama “oración en lenguas”. Se trata de un orar con sonidos, pero sin palabras; un orar dejando de lado la lengua como forma de expresión humana, de ahí la expresión **"en lenguas" o "en otras lenguas"**, que no quiere decir en lenguas antiguas (latín, arameo, sánscrito, etc.) ni en lenguas actuales desconocidas por el que habla, sino en ningún tipo de lengua entendida, ésta como forma de expresión conceptual. Tampoco se trata de un movimiento irrefrenable, como si uno estuviese movido por un espíritu **que lo domina; no se trata** de ningún histerismo, sino de una forma de orar que intenta expresar lo más profundo del ser. Es una forma muy provechosa de oración afectiva. Como dice el Cardenal Suenens: "es una forma de desprendimiento de sí mismo, de desbloqueo y de liberación interior ante Dios y los hombres. Si al comienzo de la experiencia se acepta este acto de humildad se probará la alegría de descubrir una manera de orar por encima de las palabras y más allá de todo cerebralismo". Sin embargo, como ya indica San Pablo, es una forma de oración que se presta a abusos y que sólo se debe emplear cuando la asamblea está preparada para ello y con mucho discernimiento. (cf. 1Co 14). **La oración en lenguas** es un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos,

Cf. R. PUIGDOLLERS, *¿Qué es la oración en lenguas?*, en "Koinonía" núm. 5, pp. 11 -13.

* Pero no sólo la forma de orar en lenguas es una oración inspirada por el Espíritu, sino que toda auténtica oración es una oración en el Espíritu. No sólo la oración que no se entiende, sino también lo que llama San Pablo "la interpretación de las lenguas", es decir, la expresión bocal de estos gemidos inenarrables del Espíritu que intentan reflejar las lenguas. La oración sencilla del cristiano es siempre la oración del Espíritu Santo que ora por nosotros. Como dice S. Pablo *"nadie puede decir: "Jesús es Señor, si no con el Espíritu Santo" (1Co 12, 3)*. Si podemos decir a Dios "Padre nuestro" es porque Jesús nos ha dado su Espíritu que clama con nosotros "Abba, Padre". **La oración bocal** es, por lo tanto, un carisma, es decir, una manifestación del Espíritu para provecho de todos.

CONCLUSIÓN

Jesús ha derramado sobre todos nosotros, sin distinción, su Espíritu Santo, que obra en nosotros para construir la comunidad cristiana, el Cuerpo de Cristo. Sólo cuando nos abrimos a esta dimensión carismática de contemplar todas las cosas como un don de Dios, podemos vivir en la continua alabanza de Dios, podemos reconocer el don que existe en cada hermano respetándolo, podemos captar la voluntad de Dios que se manifiesta a través de sus dones. De lo contrario, con una actitud cerrada, racionalista o autoritaria, limitamos la obra del Espíritu y al fin y al cabo nos encontramos siempre con nosotros mismos. Dejamos de construir el Pueblo de Dios y empezamos a construir la Torre de Babel que no es capaz de construir una verdadera hermandad entre los hombres.

Textos para meditar y orar en la semana:

- 1.- Ef 4, 11-16
- 2.- 1P 4, 8-11
- 3.- Rm 12, 3-13
- 4.- 1Co 1, 17-31
- 5.- 1Co 2, 1 -5
- 6.- 1Co.12,4-11
- 7.- 1Co 12, 12-30